

Rafael Cravioto pasado a cuchillo

OCIEL MORA¹
Analista político

*Las costumbres de un pueblo esclavo
son parte de su esclavitud;
las de un pueblo libre son parte de su libertad*

Rousseau

Lo que más redituó a Rafael Cravioto como el gran prócer de su pueblo no fue su genio militar –en el caso de que lo haya tenido–, ni su capacidad de persuasión sobre mestizos e indios en la región de Huauchinango, durante los momentos más espesos de la guerra intestina entre liberales y conservadores, ni su desempeño durante las intervenciones. Tampoco fueron sus servicios prestados a la República en su circunstancia más amarga. Porque puestos a comparar, Cravioto queda muy por debajo de otros dirigentes liberales en la Sierra de aquella época.

No hay punto de comparación entre Bonilla, Méndez, Lucas y él. Ni como gobernante ni como dirigentes. Los de Tetela y Xochiapulco fueron, por ejemplo, los grandes precursores de la educación pública y laica en el país, pero de manera particular en la sierra, y de una temprana secularización de los pueblos indios. Los Juanes veían en la educación pública la base de la soberanía popular, y en ésta la fuente más sólida para hacer de México un país de ciudadanos plenos, sobre el principio supremo de igualdad entre individuos.

Fueron aquellos generales de la bocasierra los que suprimieron la pena de muerte, las cárceles privadas, los castigos corporales a peones y sirvientes, consideraron el municipio como la base del desarrollo y principio de autonomía local, suprimieron las alcabalas

¹ El autor tiene estudios en Antropología Social por la ENAH. Este trabajo no tiene ninguna pretención académica, sus fines son meramente de divulgación, y se basa fundamentalmente en los estudios publicados en español por el doctor Guy P. Thomson.

con el fin de que floreciera la actividad comercial, y favorecieron la introducción de nuevos cultivos en la región, particularmente aquellos con alto contenido comercial.

Los Juanes calzan en el canon del llamado liberalismo popular, que reconoce los anhelos sociales de los pueblos indios, como refiere Guy. P. Thomson; en tanto que Rafael Cravioto se ajusta con escuadras al esquema de cacique a secas, en la versión de Alan Knight. Unos murieron pobres, otros en la medianía juarista, pero otros al poco fueron declarados escandalosamente ricos. Para 1884 el gobierno mexicano había aprobado a la familia Cravioto la concesión para establecer una nueva línea de ferrocarril que conectaría Huauchinango con Apizaco. Para entonces los Cravioto ya competían con el gran capital internacional.

La de Rafael Cravioto es una vida impenetrable por la fuerza de los mitos. En ese sentido, y como todos los hombres de fama, hay algo de verdad y mucho de engaño en su historia. Lo que convirtió a Cravioto en el hombre más poderoso de Huauchinango, y enseguida del recién creado y vecino estado de Hidalgo fue, entre otras habilidades suyas, su talento para el cultivo de relaciones del más alto nivel, generalmente entre la clase política y adinerada de la ciudad de México. En el filo de su lecho de muerte, Benito Juárez escribió su última carta a su amigo Rafael Cravioto. Ese dato es altamente revelador de los vínculos que este comerciante había establecido para julio de 1872.

Pero no sólo fueron relaciones, también su destreza para mantener bajo control militar primero, y después político y económico, una de las regiones más agrestes y enconadas de la sierra. Un mecanismo que bien a bien no se sabe cuál fue, ¿clientelar, carismático, de violencia; o tal vez una mezcla de todos?, pero que en los hechos permitió al general y comandante mantener el dominio sobre el distrito de Huauchinango hasta que fue destronado por el presidente Díaz, en el año de 1897. No obstante la brecha cultural que lo dividía de los indios (con la excepción de la cabecera, Huauchinango para entonces era eminentemente indígena), no fue del todo ajeno a ellos, pues muchos pueblos lo eligieron su apoderado.

Aunque, también es cierto que otros pueblos aborígenes fueron despojados de sus tierras y reprimidos brutalmente por Cravioto y sus gavillas, aduciendo improbables razones para ello. Como en el muy conocido caso de Chiconcuautla y Zempoala, en los que literalmente fueron arrasados ambos pueblos, bajo la dudosa acusación de Cravioto de que se disponían a colaborar con los imperialistas de Zacatlán. Lo que habían hecho los nahuas de aquellos pueblos era protestar ante el propio Cravioto por los cada vez mayores impuestos aplicados por él. Más que una acción de justicia, aquella fue una acción brutal para atemorizar a otros pueblos. Es muy probable por eso que el título de apoderado de indios haya obedecido a ese mezcla extraña de conveniencia y sumisión. Friedrich Katz (2006) en un ensayo poco conocido sobre aquella época sostiene que mientras los liberales con su Ley Lerdo decretaban la abolición forzosa

de la propiedad comunal de la tierra en 1856, Maximiliano había intentado forjar una alianza con las comunidades indias del país.

Durante las guerras que asolaron la segunda mitad del siglo XIX, los pueblos y las comunidades indígenas se encontraron atrapados entre dos fuegos. De un lado el partido conservador y la iglesia católica; del otro, los liberales y su proyecto de modernización. Los primeros actuaban en alianza tácita. En ese escenario, los indios eran impelidos a elegir entre el levantamiento del padre Miranda de “religión y fueros” de Zacapoaxtla, o la Constitución juarista que les quitaba sus derechos comunales sobre la tierra. Para mitad de siglo, la Sierra era considerada una región pacífica. Pero la disputa entre liberales y conservadores la metió en uno de los peores torbellinos de violencia, cuya alcance todavía no se estudia a fondo.

En la tipología del historiador inglés Alan Knight, el principal cacique del país es el presidente de la República pues no tiene jefe a quien rendirle, le siguen los gobernadores, supeditados al primero, y en tercer lugar aparecen los llamados “amos y señores de la Patria Chica”: los caciques regionales. En ésta última clasificación entra Cravioto, para el caso de Huauchinango, no obstante que también fue gobernador de Puebla y comandante militar de Puebla y Tlaxcala por un breve periodo. Pero no la sucesión consecutiva durante dos décadas que, con su familia, tuvo en el caso del estado de Hidalgo.

En una de las grandes misivas de Cravioto, en referencia a los indios, dice que les tiene muchas “simpatías”. No les profesa derechos, estatus de ciudadanía, relaciones de igualdad, sino simpatías. Y eso que se trata del principal dirigente liberal de la región. El rasgo es importante porque los liberales hacían descansar toda su ideología sobre la base de la “libertad” de los individuos, en oposición a las corporaciones que los inmovilizaban.

Aunque también es cierto que ni liberales ni conservadores prestaron atención al problema del indio, porque los dirigentes de ambos bandos en general eran criollos, que provenían de las clases medias instruidas y adineradas de las ciudades (Ai Camp, 2000: 53). Los que a su vez abrevaban en las principales corrientes de pensamiento provenientes de Europa y de los Estados Unidos. Para los liberales puros, la solución al problema del indio no estaba en el establecimiento de estatutos particulares como hizo la Colonia, sino en la garantía de otorgarles plena igualdad.

El gran liberal José María Luis Mora fue de los pocos, sino es que el único, que defendió con ortodoxia las leyes liberales y la Constitución de 1857, y se opuso incluso a que se siguiera llamando indígena a la población nativa. Charles A. Hale afirma que en el “régimen liberal no tenía cabida para la población nativa”. Entre otras cosas porque el nuevo régimen se proponía borrar todas las distinciones legales en la sociedad y por decreto elevar al indio a la categoría universal de “ciudadano”. Sin embargo, para resolver el problema de los indios, los conservadores, eran tan claros como el

análisis que hacían de sus causas, dice Hale. En primer lugar, debía rechazarse “una política de exterminio”. No podían como hacían algunos liberales, proponer la política anglosajona como modelo y, de tal modo, “condenar a la destrucción a la raza india” (Hale, 2009: 249).

El liberalismo mexicano fue una amalgama de libertad política y principios económicos del *laissez-faire* decimonónico (Ibídem: 52). Pero como afirma el propio Octavio Paz (2001), el proyecto de nación de los liberales es el de una minoría que impone su esquema al resto de la población, en contra de otra minoría activamente tradicional. Es la lucha a muerte entre modernización y tradición. Eso sí, intelectualmente el liberalismo fue la primera y principal crítica hecha hasta ahora sobre el viejo orden de origen colonial y prehispánico.

¿Cravioto, liberal? Sí y no. El liberalismo en la época de Díaz sirvió para ocultar y legitimar una de las oligarquías políticas y económicas más brutales del país. Cravioto era llamado cacique por los pueblos indios, cuando esa palabra no tenía la connotación política de ahora. Hasta cierto grado la de ellos era una referencia inocente que recordaba su etapa prehispánica. Los indios veían a Cravioto como lo que era, un personaje “de razón”, establecido en la ciudad de los blancos, negociante, el más rico, de temer, y siempre al acecho.

Un cacique patriarca –en la connotación moderna del término– que hacía las funciones de intermediario entre los órganos de poder establecidos y los dirigentes de los pueblos indios. Un cacique que garantizaba estabilidad a las autoridades del Centro, a cambio de autonomía regional, cuando de plano no era impunidad. Un cacique que favorecía a sus aliados y castigaba a sus enemigos. “Pan o palo”, se decía en referencia a las oposiciones a Díaz. En las regiones indias el caciquismo no se entiende sin el ejercicio de la violencia del patriarca. En ese concepto los indios veían, de manera fatal, su futuro uncido al de sus caciques blancos.

Cravioto fue apoderado de muchos pueblos de la región. Esa figura le sirvió para convertirse en breve tiempo en el principal terrateniente de Huauchinango, junto con otros nombres de extranjeros como los Anduaga. Cravioto se sirvió de su doble condición principal: de prestamista y de dirigente liberal. Sin embargo, no era un hombre que simpatizara con los pueblos indios. En primer lugar la cultura india no sólo era extraña para él, sino impenetrable. Amén de que los liberales ideólogos veían en ella el principal obstáculo para la modernización del país. Si se le juzga respecto de Juan Francisco Lucas, un indio puro nacido en el corazón de la sierra, que conocía las lenguas vernáculas y participaban de los ritos indios, Cravioto es un extranjero. Y finalmente como dice la historiadora Florencia E. Mallon en la obra citada, Los Italianos –como fueron conocidos los Cravioto en Huauchinango–, no eran originarios de la región y por los tanto desconocían los problemas locales.

Ser liberal y comerciante era lo que mejor se ajustaba a los intereses caciquiles de la Sierra. Y bajo el manto liberal, por ejemplo, Rafael Cravioto se convirtió en el hombre más poderoso de la región. Con su familia, fue uno de los principales beneficiarios² de las leyes de desamortización decretadas por los liberales juaristas. Algo que por entonces no era descalificado entre las clases ilustradas y pudientes. Pues privaba la idea de que los propietarios, por el simple hecho de serlo, eran buenos ciudadanos y amigos del orden (Escalante, 1999), como era mentado por Mariano Otero.

Rafael Cravioto era hijo de un extranjero pobre que había desembarcado en las costas veracruzanas hacia el despunte del siglo XIX. La historia de don Simón es la historia de éxito repentino de muchos extranjeros avecindados en la sierra durante la Colonia y buena parte del México independiente. Don Simón trabajó de peón en la arriería, una actividad muy lucrativa en aquella época. Pero al poco se independizó, casó con la hija del patrón y estableció su propio comercio en el corazón del pueblo de indios de Huauchinango.

Las crónicas refieren que en 1833 compró en 2 mil pesos una de las principales casas del pueblo, y en seguida se hizo de otra, en la que estableció el almacén más importante. Pero más que los artículos de marca cotizados en aquella época, lo que convirtió a don Simón en uno de los hombres más poderosos de Huauchinango en breve tiempo, fue la fábrica y comercio de alcohol.

Una actividad que al parecer practicaba de manera clandestina. Todo al amparo de la debilidad del país. Al poco los hijos “mexicanos” siguieron la línea del padre, y arraigaron en la región y en el comercio. Rafael, el político más aventajado de los cuatro hermanos de la familia, muy probablemente trazó su futuro con los ojos puestos en los hombres más poderosos de su tiempo. Para lo cual buscó y halló el modo de agraciarse con ellos peleando a su lado. Rafael fue un gran nacionalista, pues persiguió a los invasores, pero sobre todo, hombre de empresa. Para 1846, a los 17 años, ya tenía su primer cargo de armas en Huauchinango: capitán de la Guardia Nacional, gracias a una escaramuza en contra de una banda de bandoleros que acechó al pueblo.

Visionario al fin, Rafael, primero le guardó lealtad incondicional a don Benito Juárez, en tanto era presidente. Muerto éste de manera repentina, mudó sus afectos hacia “el héroe del 2 de abril”: Porfirio Díaz. Poco antes le profesó seguridad a don Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de la República por un periodo pero tirado al poco de su primera reelección. Entre los sectores de influencia de entonces quedó en claro que el nuevo presidente se hallaba muy lejos de llenar el hueco dejado por el gran Juárez. Depuesto Lerdo por la fuerza de las armas de Porfirio Díaz, el ya para entonces cacique poderoso de Huauchinango, no tuvo más que jugarse “el todo por

² Ver en este libro el trabajo de Oscar Ramos sobre reparto agrario.

el todo” por el aclamado oaxaqueño, quien por entonces ya era considerado el gran caudillo de caudillos militares.

Todo esto no obstante que en el primer levantamiento de Díaz, en 1871, Cravioto peleó en contra suya, y en defensa de su gran progenitor y sostén: Benito Juárez. Pero la fallida rebelión de La Noria era cosa del pasado, y los liberales de entonces peleaban por el futuro. Y a nivel local nadie lo tenía tan claro como el propio Cravioto. A diferencia del resto de los dirigentes serranos, que habían abrevado en la cultura tradicional de dispendio de los indios, Rafael tenía muy claro que su éxito estaba en función de su capacidad para conciliar su actividad comercial (nunca dejó de serlo, ni dejó de prestar dinero a premio), con sus acciones políticas y militares, al lado de los triunfadores. Para 1876 las circunstancias del país habían cambiado, y con ellas cambió también el protocolo de lealtades de los Cravioto. Fue entonces que Rafael apostó todo a favor de Porfirio Díaz, y fue así que ratificó su condición de hombre poderoso de Huauchinango y enseguida de Hidalgo.

Así fue hasta el año de 1897, cuando el viejo patriarca presidente de la República perdió la confianza en él y de un manotazo lo derrumbó de la gubernatura hidalguense, y lo desterró para jamás volver a ninguno de sus feudos; sólo muerto fue que pudo volver a Huauchinango, en cuyo camposanto sigue ostentando la grandilocuencia suntuosa que lo caracterizó en vida. Hasta difunto pone muy en evidencia las diferencias sociales que caracterizaron a los mestizos “de razón” de la cabecera, respecto del resto de la población, en su mayoría compuesta de indios.

En una nota que se encuentra a la entrada del panteón se lee que el mausoleo de Rafael Cravioto fue tallado sobre mármol traído de Carrara, por el mismo artista constructor del frontispicio del Palacio de Bellas Artes, en la ciudad de México. Se trata del mismo palacete que encargó Porfirio Díaz para adornar las fiestas del Centenario de 1910, ante el mundo que lo visitó (era su cumpleaños número 80) aquel año.

En su afán de mantenerse del lado de las élites más poderosas del momento, y de ese modo garantizar su preeminencia política y económica, cuando los liberales estuvieron a punto de naufragar por el embate militar de los generales Echegaray y Noriega, que amenazaron de muerte a prácticamente toda la región de la Sierra Norte, Rafael Cravioto se reveló de cuerpo entero y buscó pactar con el Imperio a cambio de grandes ganancias personales.

Guy P. Thomson, el gran precursor de los estudios sobre cacicazgos liberales en la Sierra Norte, sostiene que Cravioto fue el primero de los dirigentes de Puebla que se postró ante los franceses (2010; también en Thomson y LaFrance, 2011). Localmente el tema toca las fibras más sensibles del clamor popular, por tratarse de uno de sus héroes mitológicos más apreciados y rendidos por el sentimiento patrio. Pero si de algo sirve el ejercicio de la crítica histórica –en el caso de que sirva de algo– es para disolver el acecho de los fundamentalismos del pasado.

Si habremos de creer en la información académica aportada por Víctor Trejo Padilla (2006), tenemos que el 26 de febrero de 1865, Cravioto convocó a un grupo de jefes y oficiales a una reunión urgente, con el fin de buscar solución a la crisis que vivía el distrito de Huauchinango en aquel momento, a cuya cabeza estaba él; fue en ella que propuso: pactar con el enemigo, ofreciendo la pacificación (de Huauchinango), siempre y cuando no fueran desarmados, ni guarecidas sus poblaciones por el ejército francés. Para lo cual, y según el mismo autor, se hizo referencia a unas gestiones que con anterioridad había realizado su hermano Simón ante representantes del Imperio. Simón habría garantizado a los imperialistas

que los pueblos asignados al distrito de Huauchinango aceptaban voluntariamente la intervención europea y su forma de gobierno, ofreciéndoles que ‘... el distrito de Huauchinango compuesto por 130 pueblos, incluyendo Pahuatlán y la municipalidad de Tenango del distrito de Tutotepec y toda la fuerza armada, presentarían y reconocerían su misión y obediencia al gobierno del emperador, siempre y cuando les otorgaran las garantías necesarias’. (Trejo, 2006: 83-84)

La decisión de Cravioto habría sido presionada al cabo de ver cómo era acorralado en su propio territorio por el ejército invasor, y de cómo una buena parte de las comunidades indígenas colaboraban con el ejército francés, en mucho en venganza por las excesivas cargas impositivas decretadas por el propio Cravioto y por sus modos despóticos de gobierno en contra de los indios, y en mucho por la labor de persuasión realizada por los imperialistas entre los pueblos aborígenes. Y también porque a los indios les asistía el derecho soberano de elección. Como lo hacían incluso los propios dirigentes liberales y conservadores, que sin ningún pudor pasaban de un bando a otro. Pero es posible también que el apresuramiento del general y comandante obedeciera al temor de perder la influencia lucrativa de sus negocios. Puesto a elegir entre sus negocios y la patria, muy seguramente habría elegido los primeros.

Con información de archivo, Trejo sostiene que “Rafael Cravioto disolvió las fuerzas bajo su control, pero no entregó el armamento y artillería, pues en los convenios estuvo que Huauchinango conservara sus autoridades y una posición neutral, además de que ninguna fuerza enemiga ocuparía el distrito y ningún servicio se exigiría de él bajo ningún concepto. En consecuencia la fuerza armada de Cravioto quedó disuelta y se organizó una fuerza de hombres de la misma población” (2006: 84). Sin embargo, pasado el trance de su capitulación, Cravioto y familia esperaron en vano. El Imperio no llamó a Rafael ni a sus hermanos, y ninguno de ellos tomó un puesto ni administrativo ni militar en el nuevo régimen como él esperaba que ocurriera en recompensa por su colaboración con el Imperio.

En una carta dirigida al entonces gobernador de Puebla, y fechada en 1865, Rafael Cravioto menciona que eligió la rendición ante “la disyuntiva de ver bajo los escombros y cenizas a unos pueblos por los que tengo tantas simpatías”. La información corresponde a la caudalosa obra de don Miguel Galindo y Galindo, titulada *La gran década nacional o relación histórica de la guerra de intervención*, y es citada por Trejo Padilla.

Pero no se trata de los únicos estudios que ofrecen detalles sobre la sumisión de Rafael Cravioto al Imperio. La ilustre Florencia Mallon, en su no menos notable libro *Campesino y nación*, afirma (y perdón por las citas largas, pero el tema lo amerita por el público al que está dirigido este trabajo):

En marzo de 1865, Simón Cravioto y su hijo Rafael, prestigiosos líderes liberales contra la Intervención Francesa en la zona occidental de la sierra de Puebla, viajaron a Tulancingo para rendirse ante los oficiales imperiales [...] Escortados por una guardia de honor de caballería compuesta de sus aliados Los Plateados y acompañados por el líder plateado Antonio Pérez, los Cravioto iban a arreglar los detalles finales de su acuerdo para terminar con las hostilidades en el distrito (de Huauchinango) y los pueblos a su mando. Este acuerdo fue el producto de muchos meses de negociación, durante los cuales Simón Cravioto hizo grandes esfuerzos para preservar la fortuna de su familia, exigiéndole al emperador reparaciones por 132 000 pesos. En su versión final, el acuerdo no contemplaba ninguna acción para compensar a la familia por sus pérdidas –que incluían, más allá de propiedades e inversiones, la muerte del hermano de Rafael, Agustín–, pero sí preservaba su dignidad y honor, relegándolos al exilio, bajo arresto domiciliario, en la ciudad de Puebla. Y allí permanecerían hasta que, años y medio después, la marea se volvió notablemente contra el imperio (Mallon, 2003: 111).

(A pie de página la autora asegura que “El panorama presentado en este párrafo está compuesto a partir de las siguientes fuentes: AGNM, Gobernación, leg. 116 (2), exp. 18, “Oficio del Prefecto de Tulancingo al Ministerio de Gobernación”, 19 de marzo de 1865; “Oficio del Prefecto de Tulancingo al Ministerio de Gobernación, 23 de marzo de 1865; AHDN, D/481.4/9519, ff. 50-51: “Sobre el ofrecimiento de sumisión de D. Simón Cravioto”, octubre-noviembre de 1864; AHDN, XI/481.4/9109, ff. 249-50: “Oficio del Comandante Militar de Tulancingo al Ministerio de Guerra”, 30 de octubre de 1863; y BN-AJ, doc. 2592 “Rafael Cravioto a Benito Juárez”, Huauchinango, 29 de julio de 1867).

Las negociaciones de Rafael con los representantes del Imperio, al parecer, significaban el pago de una escandalosa cantidad de dinero para la época, en la que incluso se hallaba tasada la muerte de su hermano Simón, ocurrida en Zacatlán cuando se hallaba en brazos de una querida. “Víctima de la perfidia de las fuerzas traidoras,

el 30 de octubre de 1863". En relación a ese día, escribe el también historiador Miguel Ángel Granados Chapa:

por fuerza del hábito de los cuatro hermanos (la excesiva propensión a las faldas), hallándose remontado en jurisdicción de Zacatlán, plaza entonces en poder de la reacción, la noche mencionada se atrevió a llegar hasta la casa de una de sus amantes, acompañado sólo de su asistente Zenón Barrios. Como una criada de aquélla hubiera estado a sueldo de sus enemigos y en esta vez lo denunciara, oculta y sigilosamente fueron introduciéndose algunos soldados...; pero como D. Agustín fuere advertido oportunamente de tal circunstancia, púsose en acecho para escapar de caer en manos de sus enemigos, quienes con tal motivo fingieron una salida falsa para vencer su temor. Tragado el anzuelo y dispuesto Cravioto a descansar, cuando estaba en paños menores, pues sólo le faltaba quitarse un calcetín, fue advertido por segunda vez de la presencia de sus antes protegidos (pues encabezan la acción traidora dos individuos a quienes había favorecido), por lo que para burlarlos se ocultó dentro de un montón de mazorcas guardado en una troje o granero dependencia de la casa. Mas la doméstica en cuestión lo delató a señas, para no ser escuchada, y del hacinamiento de maíz fue sacado inmediatamente y conducido ante los jefes de la chusma, quienes ordenaron se le encarneciera y vejara en el paseo forzado por las calles de la población a las cuatro de la mañana, completamente desnudo, llevándolo por fin a la salida de Chignahuapan con ánimo de fusilarlo en esta última plaza; pero temerosos de un posible rescate, colocado delante de un maguey a inmediaciones de un moral que aún existe, fue pasado por las armas, negándose a ser vendado y sólo recomendado no dispararle a la cara.

Por último, los asesinos, carentes de todo sentimiento, hicieron remisión de su cadáver a sus familiares en Huauchinango, cubierto sólo con su capa y trayendo aún el calcetín manchado de sangre... colocándole sobre la frente, como sangrienta burla, un papel en el que se hallaba escrita la siguiente leyenda: "En premio de gratitud" (1984: 14-15).

Antes de que sucediera este macabro suceso, el patriarca de la familia, Rafael, había pactado con Antonio Pérez, el cabecilla de la banda de maleantes más peligrosa en el país de aquella época. Éste personaje no se escondía en los ropajes liberales aunque se afirma que este Antonio Pérez y sus gavillas, Los Plateados, solían llevar en los bolsillos proclamas políticas para negociar con la justicia. Como grupo armado de extorsión, Los Plateados servían a uno y otro ejército en pugna sin escrúpulos. Ofrecían servicios de seguridad a los grandes comerciantes y mantenían relaciones de complicidad con dirigentes políticos regionales y nacionales. Su negocio era el robo y el secuestro. En número la gavilla de Los Plateados llegó a reunir a mil miembros. Operaban en varios estados.

Se afirma que surgieron durante la revuelta de Ayutla con Juan Álvarez, en el estado de Guerrero. Tal vez un desprendimiento de Los Pintos. Eran diestros en el caballo y las armas. Pero se caracterizaban principalmente por sus acciones sanguinarias. Atemorizar a la población era su principal estrategia. El mote de Plateados obedecía a su predilección por la plata en las monturas, sombreros, armas y trajes. En su mayoría era gente del pueblo que había encontrado en el bandidaje una manera sencilla y rápida de ascenso y hasta de participación en la política del país. Los Plateados no fueron ajenos al presidente Benito Juárez, quien los consintió mientras sirvieron a la causa liberal, y después buscó desarmarlos y convertirlos en soldados de la guardia rural. Pero fracasó. El jefe de Los Plateados fue llevado a Huauchinango y presentado con Rafael Cravioto por intermediación de Miguel Negrete. El afamado general juarista y ex gobernador de Puebla. Al parecer, Negrete los buscó con profusión hasta que dio con el jefe de la banda en un paraje del estado de Tlaxcala, en el que operaban.

Al poco, Antonio Pérez –y sus Plateados– se convirtió en el lugarteniente de los Cravioto, pero en particular de Rafael. Esto a cambio de impunidad en la región de Huauchinango. Pactar con Los Plateados en la segunda mitad del siglo XIX era como hacerlo hoy con el dirigente del cártel más peligroso del país.

Los Plateados instalaron su centro de operaciones en Huauchinango, bajo la displicencia de Rafael Cravioto. Se puede presumir que Rafael Cravioto conoció a Los Plateados por la buena relación que mantuvo con Miguel Negrete, y éste a su vez se los recomendó para mantener cierto orden y presencia en la Sierra de Puebla. De igual forma le servían en algunos casos de escolta, quien los premiaba por su ayuda a la causa liberal dejándolos cometer sus fechorías fuera de la jurisdicción. También escogieron como su centro de operaciones a San Juan Ahuacatlán, lugar de la sierra cercano a Zacatlán, de difícil acceso y muy buena posición estratégica para la defensa. Todos Los Plateados ostentaban además grados militares de oficiales. Antonio Pérez, el jefe de la gavilla, tenía el grado de coronel de infantería (Trejo, 2006: 78-79).

Los Plateados cometieron varios secuestros en la región de Huauchinango con la anuencia, cuando no orden, de Rafael Cravioto. Uno de ellos se cometió en contra de Juan González. Un comerciante que en otro momento había prestado dinero a Simón, cuando éste todavía era pobre. Como los Cravioto, Juan González era comerciante y agiotista. Aparte del resentimiento de infancia, los Cravioto lo recelaban porque era su mayor competencia. Los Plateados lo secuestraron y sometieron a torturas para que revelara en dónde tenía el dinero. Transcribe Trejo: “... mucho tormento con la asidera de una cuarta de caballo en las partes genitales, por lo que tuvo que dar 500 pesos que fueron llevados a Huauchinango” (Ibídem: 81).

Otro de los plagios ordenados por Cravioto y ejecutado por Los Plateados de Antonio Pérez –de acuerdo con información de Trejo–, fue en contra de un señor “Hernández, dueño del rancho El Potrero, el secuestrado fue trasladado a Huauchinango donde le exigió 500 pesos como rescate, pero Antonio Pérez le exigió mil por su libertad”. Trejo también relaciona a Rafael Cravioto con Nicolás Medina, otro cabecilla que operaba en la región de Tenango y Tutotepec. Alguna vez Medina y sus secuaces llegaron al tianguis de Apulco “y al grito de ¡Viva la libertad! [...] despojaron a los concurrentes de dinero, ropa y cuanto tenían, llevándose hasta la loza ordinaria que había en la plaza y volviéndose con el botín [...] después de saquear además las casas del pueblo” (Ibídem: 81-82). Como prestamista, de manera deliberada Rafael Cravioto ponía condiciones que de antemano sabía que sus deudores no cumplirían, y de ese modo se quedaba con todo género de bienes patrimoniales.

Aquellas relaciones del más alto vuelo entre los hombres más poderosos, permitieron a Cravioto sortear con relativa sencillez sus desavenencias con los grupos locales. Por ejemplo, hacia el triunfo definitivo de los liberales sobre los conservadores en la famosa batalla de Calpulalpan, en diciembre de 1860, con la que se puso fin a la Guerra de Reforma, y reaparecieron las divisiones entre los grupos triunfadores. La más peligrosa fue la suscitada entre el propio Juárez y González Ortega, el artífice de la victoria. Pero también alumbró la división local por la designación de gobernador de Puebla.

Rafael Cravioto se apresuró y apostó por un candidato que no fuera su antiguo jefe, el general don Miguel Cástulo Alatríste –abuelo de Aquiles Serdán–, y con quien se había iniciado en los lances de guerrero, persiguiendo a los conservadores de la región. Sin embargo, convertido éste finalmente en gobernador, consiguió que Juan Francisco Lucas fuera designado comandante militar de la sierra, en detrimento de la influencia de Cravioto. No obstante el paisanaje serrano que los hermanaba, y ser ambos miembros notables del partido liberal, no había avenencia en lo tocante a principios ideológicos ni éticos.

En medio de ambos dirigentes corría un caudaloso mundo de diferencia social, cultural y económica. Ante la afrenta, Cravioto recurrió a su amigo el presidente, y éste no sólo revocó el mandato del indio Juan Francisco Lucas, sino que por instrucciones suyas Rafael Cravioto fue ascendido al grado de coronel y nombrado jefe político y militar de Huauchinango y Zacatlán (Mejía, 2010).

Granados Chapa (1984) sostiene que la última carta escrita por Benito Juárez fue dirigida a su amigo el general Rafael Cravioto. Tiene fecha del 18 de julio de 1872. En ella el patriarca republicano agradece al cacique local “las noticias” y a su vez le reitera su amistad. La relación de Cravioto con el presidente de la República iba más allá del mero prurito de mantenerlo “informado”. Tiempo atrás y a su amparo,

se había encargado de manipular para que Alatraste dejara la gubernatura, como en efecto ocurrió al poco. Pero no sin antes –como precisa Granados Chapa–, promover modificaciones legislativas para achicar el novísimo distrito de Huauchinango. Entonces reaparece otra vez don Benito invocando a favor del cacique de Huauchinango, en carta dirigida al nuevo gobernador de la entidad, en la que explica:

Han venido a verme los señores Cravioto de Huauchinango, dándome conocimiento de un reciente decreto de esa legislatura, que marca la división de aquel distrito, y esto en circunstancias en que, bajo todos aspectos, conviene conservar y estrechar la unión para hacer más comunes, más idénticos, más íntimos los intereses que defendemos, al paso que separándonos y aislándonos, por decirlo así, se debilita la acción en proporción que crece la resistencia.

Los vecinos de Huauchinango se han hallado unidos por principios, por intereses y hasta por los peligros que la reacción cuida de convertir en horribles atentados. Aquellos han prestado y están resueltos a continuar sus útiles servicios en defensa de la causa común. Tienen caudillos experimentados a quienes se entregan con entera confianza y esto hace que descansemos en aquellos pueblos para su defensa local y que, como ahora, dispongamos de una parte de sus fuerzas para la defensa general del Estado.

Tanto a los Sres. Cravioto, como a otros vecinos de Huauchinango, les he ofrecido interesarme con usted y con otras personas influyentes en esa capital para que si no es posible que se derogue el decreto de división mencionado, se suspendan por ahora sus efectos, tomando en consideración las observaciones expuestas y otras muy atendibles que no se ocultarán a la penetración de usted, a quien recomiendo mucho que influya para que en este negocio se obre con política y suma prudencia (Granados: 1984: 13).

Para finalizar, ¿los indios tuvieron de veras alguna participación decisiva en la guerra de los liberales contra los conservadores, y poco después contra la invasión francesa, como afirman algunos rumores históricos, o sencillamente se trata de una versión aderezada para robustecer nuestro nacionalismo patrio?

Guy P. Thomson, uno de los estudiosos más sistemáticos sobre el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX, sostiene que:

... el papel desempeñado por la Sierra Norte en el triunfo de la República fue crítico. La lucha en la Sierra entre 1862-1867 revela un caleidoscopio de alianzas locales y regionales, cambiantes según las influencias externas, las que también se tornaban rápidamente de un color a otro, a semejanza de lo sucedido durante la Guerra de los Tres Años. Había un núcleo liberal en las Guardias Nacionales de Huauchinango, Zacatlán y Tetela; y un eje conservador entre la Sierra de Tulancingo, que atravesaba Chignahuapan, Aquixtla, Ixta-

camaxtitlán a Zacapoaxtla y Tlatlauqui; la continua firmeza de los indios cuatecomacos –ya convertidos en el municipio de Xochiapulco– y su alianza con los tetelenses; la expansión de la influencia de Xochiapulco a Cuetzalan y en la tierra caliente. Fuerzas externas como republicanos, “traidores”, franceses y austriacos, eligieron las mismas vías de entrada, con lo cual algunas capitales de distrito de la zona meridional de la Sierra, con más intensidad y muchas más pérdidas. La guerra se desarrolló en cuatro fases: los esfuerzos republicanos por reclutar adeptos en la sierra para enfrentarse a la invasión francesa entre 1861-1866; la fracasada campaña francesa a fin de dominar la Sierra entre 1863-1864; la más formidable y fructífera pacificación austriaca de la Sierra de 1864 a 1866; y el resurgimiento de la resistencia republicana de 1866 a 1867 (Thomson, 2010: 67-68).

Pero no sólo fue la participación de los indios, sino que también los dirigentes liberales hicieron contribuciones notables en ese sentido. El mismo Thomson, en una nota muy larga, dice al respecto que en el breve tiempo (de abril a septiembre de 1867) que Juan N. Méndez sirvió de gobernador, el estado sufrió un cambio que caracterizó la impronta de los liberales populares de la sierra.

Como buen liberal, Juan N. Méndez empezó por restablecer la Constitución de 1861, derogada por los conservadores; reafirmó el principio de elecciones directas; fortaleció la figura del gobernador frente a la amenaza de pulverización de grupos y camarillas; hizo cambios en la guardia nacional en el estado; se opuso a los grupos armados locales, así fueran de buena fe y a favor de la causa liberal. Ordenó que toda arma en poder de los que habían luchado o colaborado con el Imperio fuera entregada a las autoridades. Pero donde puso una atención escrupulosa fue en transformar a “Puebla de los Ángeles” en “Puebla de Zaragoza”. El nuevo gobernador quería una capital digna de los héroes patrios. Las calles fueron rebautizadas con nombres de generales liberales y patriotas. Se declaró el 5 de mayo como el principal día patrio, para lo cual se emitió un decreto que describía la liturgia para la celebración con sumo detalle. La ceremonia estaría en manos de un comité creado ex profeso, y serviría de modelo para el resto de los pueblos. Méndez emitió un decreto mediante el cual los terratenientes tenían prohibido tener cárceles en sus haciendas, y que azotaran a los indígenas. También decretó que las festividades católicas, como danzas y mayordomías, deberían suscribirse a la vida privada de las iglesias y atrios. En los gobiernos de los serranos se puso en marcha la primera escuela normal del país.

Bonilla y Méndez alentaron la educación pública en la Sierra Norte, pero a la par también alentaron congregaciones protestantes por todo el estado con el fin de contrarrestar la influencia de la religión católica, que militaba abiertamente del lado de los conservadores. Los liberales populares de la sierra también alentaron la ley de educación primaria en el año de 1878, en la que se ordenaba que todo centro de po-

blación estableciera una escuela primaria para niños y niñas. También exigía que cada municipio estableciera escuelas nocturnas para la alfabetización de adultos. Además de escuelas para sordomudos.

Thomson también apunta que, desde la década de los 50 hasta la de los 80 del siglo XIX, el partido liberal en los distritos serranos de Zacapoaxtla y Tetela cultivó el apoyo popular de las comunidades indígenas del sur de la sierra, las cuales contribuyeron significativamente al triunfo de los liberales sobre los conservadores en la Guerra de los Tres Años (1858-1861), a la derrota del Imperio de Maximiliano (1864-1867) y al ascenso al poder de Porfirio Díaz en 1876. Los líderes liberales de la Sierra de Puebla no sólo buscaron el control político regional y estatal sino la apertura de la región al desarrollo económico a través de la desamortización de tierras comunales, mejoras en el transporte y la comercialización de cultivos tropicales, en especial el azúcar, el tabaco y el café (Thomson y LaFrance, 2011: 14). Como puede verse, en la Sierra de Puebla uno fue el liberalismo de los llamados Juanes, con una vocación eminentemente de justicia social; y otro liberalismo, como el de Cravioto, distante y ajeno a los anhelos de los pueblos.

¿Por qué un pueblo con las características culturales de Huauchinango elevó a los peldaños más altos a un personaje como Rafael Cravioto? Es una pregunta que ninguno de los historiadores de culto citados arriba se ha formulado. Cravioto se sale del canon de su época. Es mestizo en una región mayoritariamente indígena. Hijo de padre extranjero y madre mexicana, lo cual pudo ser motivo de zozobra en los pueblos. Era comerciante urbano, no agricultor; lo cual indica que sus relaciones locales no eran con campesinos e indios, sino con las familias acomodadas de la ciudad, y con otros comerciantes igualmente acomodados de otras ciudades importantes del país, con los que mantenía relaciones comerciales.

La instrucción moral y cristiana de Rafael Cravioto, si habremos de creer en la versión de Miguel Ángel Granados Chapa, estuvo al lado del padre Pablo Hidalgo y Costilla. Quien era capellán de los reaccionarios y había servido de párroco en Huauchinango cuando los hermanos Cravioto eran pequeños. Lo cual se presta a especulación para decir que las clases altas de la ciudad de Huauchinango estaban más en consonancia con sus pares de Zacapoaxtla (uno de los principales centros de la reacción de Puebla) que con las de Tetela, la cuna del liberalismo popular de la sierra. Fueron las influencias del propio Hidalgo y Costilla quien salvó de la muerte a Simón, el padre, y a Agustín, el hermano, cuando en noviembre de 1857 cayeron presos en manos de los conservadores.

Por entonces, Rafael defiende con las armas la Constitución de 1857, y participa con Juan N. Méndez en la toma de Zacapoaxtla, luego del levantamiento del párroco local al grito de “religión y fueros”. De entonces es la fama de Rafael Cravioto de gran

liberal mexicano, y de sus grandes títulos militares, comprometido con los principios liberales, plasmados en una de las leyes más modernas del mundo de aquella época. Pero en un país de indios (en el que apenas el 10% de la población sabía leer, y no estaba en las sierras sino en las ciudades; y más de la mitad no hablaba español), era letra muerta. Un dato citado por muchos historiadores, en este caso tomado del libro *Visiones del porfiriato, visiones de México*, coordinado por Jane-Dale Lloyd *et.al.*, se afirma que para la guerra de Independencia, la jurisdicción de Huauchinango tenía una población de 3,499 habitantes, de los cuales 333 eran españoles, 2,115 mestizos, mulatos y otras castas, y 1,051 indios. Con las dinámicas poblacionales de la época, las cosas no debieron ser muy distintas 40 años después.

Rafael Cravioto ha sido elevado a los peldaños más altos en distintos momentos por grupos de personas de la ciudad de Huauchinango vinculadas con el poder político, quienes se valen de su figura de gran bienhechor del pueblo, más que de liberal partidario de la Reforma, para legitimar su propia condición ante el resto de la población, la que en muchos sentidos continúa siendo indígena y pobre, aunque no en los porcentajes y niveles de miseria de la segunda mitad del siglo XIX, pero igualmente relegada de las grandes decisiones de poder político que le afecta de manera directa. Con todas sus variables, pero el de hoy es el mismo patronazgo clientelar de la época de antaño.

La clase política de la ciudad de Huauchinango afirma su identidad en la figura de Rafael Cravioto. Porque en el fondo, muchos quieren ser como él. Es parte de su imaginario ciudadano. Otra cosa ocurre en los pueblos indios, para quien la figura de aquel prócer sencillamente no existe.

Bibliografía

- Ai Camp, Roderic
2000 [1993] *La política en México*, Siglo XXI editores, México.
- Escalante Gonzalbo, Fernando
1999 *Ciudadanos imaginarios*, Colegio de México, México.
- Granados Chapa, Miguel Ángel
1984 *Alfonso Cravioto, un liberal hidalguense*, Océano-Gobierno del estado de Hidalgo, México.
- Hale, Charles
2009 *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, Siglo XXI, México.
- Katz, Friedrich
2006 *Nuevos ensayos mexicanos*, Editorial ERA, México.
- Knight, Alan
2000 "Cultura política y caciquismo", en *Letras Libres*, año 2, núm. 24, diciembre, México, pp. 16-20.
- Lloyd, Jane-Dale, Eduardo Mijangos, Marisa Pérez y Eugenia Ponce (coords.)
2004 *Visiones del Porfiriato, visiones de México*, UIA-UMSNH, México.
- Mallon, Florencia
2003 [1995] *Campeño y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, CIESAS-Colegio de San Luís-Colegio de Michoacán, México.
- Mejía Castelán, Sandalio
2010 [1945] *Huauchinango histórico*, Ayuntamiento de Huauchinango, Puebla.
- Paz, Octavio
2001 *Sueño en libertad*, Seix-Barral, México.
- Thomson, Guy P.
2010 *La sierra de Puebla en la política mexicana del siglo XIX*, Ediciones de Educación y Cultura, México.
- Thomson, Guy P.; con David LaFrance
2011 *El liberalismo popular mexicano en el siglo XIX: Juan Francisco Lucas y la Sierra de Puebla, 1854-1917*, Ediciones de Educación y Cultura-BUAP, México.
- Trejo Padilla, Víctor
2006 *Cacicazgo y arriería en el siglo XIX. Rafael Cravioto y la Sierra de Puebla*, tesis de maestría en Historia, Universidad Iberoamericana, México.